

claramente revelado en la nueva alianza. Instruidos de tan sublime misterio, y admirados de su incomprensible profundidad, nos cubrimos nuestra cara ante Dios como los serafines que vió Isaias, y adoramos con ellos al que es tres veces santo.

Al Hijo único que existía en el seno del Padre, y que sin salir de él se venía con nosotros, era á quien tocaba descubrirnos enteramente estos admirables secretos de la naturaleza divina que Moisés y los profetas no habian hecho mas que insinuarnos.

A él era á quien tocaba hacernos entender de dónde nace que el Mesías, prometido como un hombre que debía salvar á todos los demas, era mostrado al mismo tiempo como Dios en número singular, y de la manera absoluta con que el Creador nos es designado; y así es como lo ha hecho, enseñándonos que aunque hijo de Abraham, existía antes que Abraham fuese concebido; que ha bajado del cielo, y sin embargo, que está en el cielo; que él es Dios, hijo de Dios, y al mismo tiempo hombre, hijo del hombre, el verdadero Emmanuel, Dios con nosotros; en una palabra, el Verbo encarnado, uniendo en su persona la naturaleza humana con la divina, á fin de reconciliar en sí mismo todas las cosas.

Así nos han sido revelados los dos principales misterios, el de la Trinidad y el de la

Encarnacion. Pero el que nos los ha revelado nos ha hecho encontrar su imágen en nosotros mismos, para que los tengamos siempre presentes, y reconozcamos la dignidad de nuestra naturaleza.

En efecto, si imponemos silencio á nuestros sentidos, y nos encerramos por un poco de tiempo dentro del círculo de nuestra alma, es decir, en esta parte en que la verdad se hace entender, veremos en ella una imágen de la Trinidad á quien nosotros adoramos. El pensamiento, que sentimos nacer como el gérmen de nuestro espíritu, como el hijo de nuestra inteligencia, nos da alguna idea del Hijo de Dios concebido eternamente en la inteligencia del Padre celestial. Es por lo que este Hijo de Dios toma el nombre de Verbo, para que entendamos que nace en el seno del Padre, no como nacen los cuerpos, sino como nace nuestra alma, aquella palabra interior que sentimos en ella cuando contemplamos la verdad.

Pero la fecundidad de nuestro espíritu no se termina en esta palabra interior, en este pensamiento intelectual, en esta imágen de la verdad que se forma en nosotros. Nosotros amamos á esta palabra interior y al espíritu en donde nace, amándola sentimos en nosotros una cosa que no nos es menos preciosa que nuestro espíritu y nuestro pensamiento; que es el fruto del uno y del otro, que les une, que se



une á ellos, y no forma con ellos mas que una misma vida.

Así, en cuanto puede encontrarse relacion entre Dios y el hombre, así, repito, se produce en Dios el amor eterno que nace del Padre que piensa, y del Hijo que es su pensamiento, para formar con él y su pensamiento una misma naturaleza igualmente dichosa y perfecta.

En una palabra, Dios es perfecto; y su Verbo, imágen viva de una verdad infinita, no es menos perfecto que él; y su amor, que saliendo de la fuente inagotable del bien y teniendo toda su plenitud, no puede dejar de poseer una perfeccion infinita; y mediante á que nosotros no tenemos otra idea de Dios que la de la perfeccion, cada una de estas tres cosas, considerada en sí misma, merece ser llamada Dios; pero porque estas tres cosas convienen necesariamente á una misma naturaleza, todas tres no son mas que un solo Dios.

No puede concebirse nada de desigual ni de separado en esta Trinidad adorable, y por incomprendible que nos sea esta igualdad, si escuchamos á nuestra alma, élla nos dirá alguna cosa.

Ella existe; y cuando sabe perfectamente lo que es, ó lo que es su existencia, su inteligencia responde á la verdad de su ser; cuando ama á su ser conjuntamente con su inteligencia tanto como merecen ser amados, su

amor iguala la perfeccion del uno y del otro. Estas tres cosas no se separan jamas, y se hallan contenidas la una en la otra: nosotros entendemos que nosotros existimos, y que nosotros amamos; y nosotros amamos á la existencia y á la inteligencia. ¿Quién puede negar que existe, que piensa y que ama cuando tiene el sentimiento de su propia existencia, de su inteligencia y de su amor? Y no solo una de estas cosas no es mejor que la otra, sino que tampoco las tres juntas son mejores que una de ellas en particular, porque cada una encierra el todo, y porque en las tres consiste la felicidad y la dignidad de la naturaleza racional. Así la Trinidad, á quien servimos y á la cual nos consagramos por nuestro bautismo, es no solo perfecta é inseparable, sino infinitamente mas perfecta, una en su esencia, y en fin, igual en todo y por todo.

Pero nosotros, que somos la imágen de la Trinidad, somos bajo otro aspecto tambien la imágen de la Encarnacion.

Nuestra alma, de una naturaleza espiritual é incorruptible, tiene un cuerpo corruptible al cual está unida, y de esta union resulta un todo, que es el hombre, espíritu y cuerpo á la vez, incorruptible y corruptible, inteligente y puramente animal. Estos atributos convienen al todo por relacion á cada una de sus dos partes: así el Verbo divino, cuya virtud sostiene el



todo, se une de una manera particular, ó mas bien se hace el mismo por una perfecta union, el Jesucristo hijo de María, lo que hace que sea Dios y hombre al mismo tiempo, engendrado en la eternidad y engendrado en el tiempo; siempre viviendo en el seno del Padre, y muerto en la cruz para salvarnos.

Pero en donde quiera que tengamos que mezclar el nombre de Dios, siempre las comparaciones sacadas de las cosas humanas serán imperfectas. Nuestra alma no existe antes que nuestro cuerpo, y le falta alguna cosa cuando está separada de él. El Verbo, perfecto en sí mismo desde la eternidad, no se une á nuestra naturaleza mas que para honrarla. El alma que preside al cuerpo, y que le modifica de diversas maneras, ella misma á su turno es modificada por él. Si el cuerpo es movido por el imperio y segun la voluntad del alma, el alma es turbada, afligida y agitada de mil maneras diferentes, agradable ó desagradablemente, segun las disposiciones del cuerpo; de manera que así como el alma eleva el cuerpo á su esfera dirigiéndole, así élla queda subordinada á él por quanto algunas veces se le somete. Pero en Jesucristo, el Verbo preside á todo y todo lo tiene bajo su mano. Así es que la parte humana es realzada por el Verbo, y el Verbo nunca, ni bajo aspecto ninguno está subordinado á ella: inmutable é inalterable,

domina en todo y por todo á la naturaleza que le está unida.

De aquí nace que en Jesucristo, el hombre absolutamente sometido á la direccion íntima del Verbo que le eleva hasta sí, no tiene mas que pensamientos y movimientos divinos. Todo lo que él piensa, lo que él quiere, lo que él dice, lo que él se reserva en su interior, lo que él quiere manifestar, es animado por el Verbo, dirigido por el Verbo y digno del Verbo, es decir, digno de la razon misma, de la sabiduría misma y de la verdad misma. Es por lo que todo es luz en Jesucristo; su conducta es una regla; sus milagros unas instrucciones; y sus palabras son espíritu y vida.

No es dado á todos comprender bien estas sublimes verdades, ni ver perfectamente en sí mismos esta maravillosa imágen de las cosas divinas que San Agustin y los demas Padres han creído tan cierta. Los sentidos nos dominan demasiado; y nuestra imaginacion que se mezcla en todos nuestros pensamientos, no nos permite siempre pararnos á contemplar una luz tan pura. No nos conocemos á nosotros mismos; desconocemos las riquezas que llevamos en el fondo de nuestra naturaleza, y solo una vista muy perspicaz y purificada puede percibir las. Pero por poco que nosotros penetrásemos este secreto, y por poco que supiésemos observar en nosotros la imágen de los dos misterios que



forman el fundamento de nuestra fé, sería bastante para elevarnos á una esfera superior á todo, en donde lo mortal no tendria parte ninguna.

Tambien Jesucristo nos llama á una gloria inmortal, fruto de la fé que prestamos á los misterios.

Este Dios hombre, esta verdad y esta sabiduría encarnada que nos obliga á la creencia de tan grandes misterios, por solo su palabra nos promete en la eternidad la clara y bienaventurada vision como la recompensa cierta de nuestra fé.

De esta manera vemos que la mision de Jesucristo es infinitamente superior á la de Moisés.

Moisés tuvo la mision de escitar por recompensas temporales á los hombres sensuales y embrutecidos: porque habiéndose vuelto todo cuerpo y todo carne, érales necesario cautivarles por los sentidos é inculcarles por este medio el conocimiento de Dios y el horror á la idolatría á que el género humano se hallaba tan prodigiosamente propenso.

Tal fué el ministerio de Moisés: estaba reservado á Jesucristo inspirar al hombre pensamientos mas sublimes, y hacerle conocer con una plena evidencia la divinidad; la inmortalidad y la eterna felicidad de su alma.

Durante los tiempos de ignorancia, es de-

cir, durante los tiempos que precedieron á Jesucristo, lo que el alma conocia de su venida y de su inmortalidad, le inducia frecuentemente al error. El culto de los hombres muertos formaba casi todo el fondo de la idolatría: casi todos los hombres hacian sacrificios á los manes, ó sea á las almas de los difuntos. Tan antiguos errores hácennos ver á la verdad cuán antigua era la creencia de la inmortalidad del alma, y nos manifiestan que debe ser una de las primeras tradiciones del género humano. Pero el hombre que corrompe cuanto toca, abusó extraordinariamente de esta verdad cuando le inclinó y le escitó á hacer sacrificios á los muertos. Se llegó hasta el exceso de sacrificarles hombres vivos: mataban á sus esclavos, y aun á sus propias mugeres para que les fuesen á servir al otro mundo. Los galos y otros muchos pueblos practicaban esto; y los indios, señalados por los autores paganos entre los primeros defensores de la inmortalidad del alma, fueron tambien los primeros que introdujeron en la tierra bajo pretexto de religion estos abominables asesinatos. Los indios se suicidaban para gozar mas pronto de la felicidad de la vida futura; y este deplorable fanatismo dura todavía hoy dia entre aquellos pueblos: tan peligroso es enseñar la verdad en otro órden distinto de aquel que Dios ha seguido, y esplicar claramente al hombre todo lo que él es antes que



haya conocido á Dios perfectamente.

Por no conocer á Dios es por lo que la mayor parte de los filósofos no han podido creer la inmortalidad del alma sin creerla á esta una porcion de la divinidad, una divinidad en sí misma, un ser eterno increado al mismo tiempo que incorruptible, y que no tenia tampoco ni principio ni fin. ¡Y qué diremos de los que creian en la transmigracion de las almas, haciéndolas correr de un lado á otro, del cielo á la tierra, de la tierra al cielo; pasar de los animales á los hombres, y de éstos á aquellos; de la prosperidad á la miseria, y de la miseria á la prosperidad, sin que tales revoluciones tuviesen jamas orden ni término ciertos! ¡Cuán obscurecidas se hallaban la justicia, la providencia y la bondad de Dios entre tal cúmulo de errores! ¡Y cuán necesario era conocer á Dios y las reglas de su sabiduría antes de conocer al alma y su inmortal naturaleza!

Todo esto nació de que la ley de Moisés no dió al hombre mas que una primera nocion de la naturaleza del alma y de su felicidad. Nosotros hemos visto al alma formada al principio por el poder de Dios lo mismo que todas las demas criaturas; pero con esta circunstancia particular que el alma fué creada á su imagen y por su soplo, para que entendiése con quien tenia relacion por su esencia y á quien debia su existencia, y para que no se creyera

jamás de la misma naturaleza que el cuerpo, ni formada con su concurso. Pero las consecuencias de esta doctrina y las maravillas de la vida futura, no fueron por entonces universalmente desenvueltas y descubiertas; y estaba reservado al tiempo del Mesías poner esta gran luz de manifiesto.

Dios habia esparcido algunos destellos de esta luz en las antiguas escrituras. Salomon habia dicho: "que así como el cuerpo volvia á la tierra de donde habia salido, así el alma volvia á manos de su Criador." Los patriarcas y los profetas vivieron con esta esperanza; y Daniel habia predicho que llegaria un tiempo "en que los que duermen en el polvo se despertaran, unos para la vida eterna, y otros para ser cubiertos de una eterna confusion, la cual tendrán siempre delante de sí." Pero al mismo tiempo que le fueron reveladas estas cosas, fuéle mandado "sellar el libro y tenerle cerrado hasta el tiempo mandado por Dios;" para hacernos entender con esto que el pleno descubrimiento de estas verdades estaba reservado para otra época y para otro siglo.

No obstante que los judíos tuviesen en sus escrituras hechas algunas promesas de bienes eternos y de que hácia los tiempos del Mesías, en que debian ser declaradas, hablasen muchas de ellas, segun se ve por los libros de la Sabiduría y de los Macabeos, sin embargo, esta



verdad no era tenida como un dogma formal y universal del antiguo pueblo, y prueba de ello es que los saduceos, sin reconocerla ni confesarla, no solo eran admitidos en la sinagoga, sino que tambien eran promovidos al sacerdocio. Uno de los caracteres del nuevo pueblo fué sentar por fundamento de la religion la fé de la vida futura; y éste debia ser el fruto de la venida del Mesías.

Es por lo que no contento con habernos dicho que una vida eternamente bienaventurada estaba reservada á los hijos de Dios, nos ha dicho tambien en qué consistia esta bienaventuranza. Consiste en permanecer con él en la gloria del Dios su Padre; en ver la gloria de que goza él en el seno del Padre desde el origen del mundo; consiste en que Jesucristo esté en nosotros como en sus miembros, y en que el amor eterno que el Padre tiene á su Hijo, estendiéndose á nosotros, nos colme de los mismos dones; en una palabra, consiste en conocer al solo verdadero Dios y al Jesucristo á quien ha enviado, pero en conocerle de aquella manera que se llama clara vision, en *verle cara á cara* y al descubierto, vision que en nosotros reforma y perfecciona la imágen de Dios, como dice san Juan: "que seremos semejantes á él porque le veremos tal como es."

Esta vision será seguida de un amor inmenso, de una alegría inesplicable, y de un

triumfo que no tendrá fin. Una eterna *alleluya* y un eterno *amen* que oiremos resonar en las vóbedas de la celestial Jerusalem haránnos ver desterradas todas las miserias y satisfechos todos los deseos; y nada nos quedará que hacer mas que alabar incesantemente la bondad divina.

Con tan nuevas recompensas, menester era que Jesucristo propusiese tambien nuevas ideas de virtud y prácticas mas perfectas y mas puras. El fin de la religion, el alma de las virtudes y el compendio de la ley, es la caridad. Pero puede decirse que la perfeccion y los efectos de esta virtud no habian sido enteramente conocidos hasta la venida de Jesucristo. Jesucristo es quien propiamente nos ha enseñado á contentarnos con Dios solo. Para establecer el reinado de la caridad, y para descubrirnos todas las obligaciones que emanan de ella, nos ha propuesto el amor de Dios hasta el punto de aborrecernos á nosotros mismos, combatiendo sin descanso ni tregua el principio de corrupcion de que está viciado nuestro corazon. Nos ha propuesto tambien el amor del prójimo, mandándonos estender esta inclinacion benéfica á todos los hombres, sin esceptuar á nuestros enemigos: hanos propuesto la moderacion de los apetitos sensuales hasta el punto de mutilar nuestros propios miembros, es decir, de desposeernos y desapegarnos de todos aquellos